

lizar una misión social, comunicando sentimientos, despertando inquietudes y esperanzas inéditas, mostrando en el horizonte una vida más alta y más bella, redimida de los egoísmos y residuos de barbarie que envilecen a la vida actual. Como la flauta de Alcibíades, que rimaba el compás de los remeros en la galera antigua, sus cantos aspiran a orientar el esfuerzo colectivo, a hacer olvidar su dolor a las frentes inclinadas y sudorosas.

Pero Lillo no es solamente un poeta épico y civil, sino también un lírico delicado y profundo, y muchas de sus composiciones—entre ellas «Mi casa», publicada últimamente por «Atenea»—son aciertos de expresión de las más recónditas aspiraciones, de las más sutiles manifestaciones del alma humana.

En resumen, estamos ante uno de los poetas que ocupan más vasto espacio en nuestra antología y su libro, «Campanario de humanidad», sin ser uno de los mayores de su acervo, aporta nuevos sonidos a la orquestación wagneriana de su poesía.—D. PERRY B.



LENGUAJE DEL HOMBRE, poemas de *Luis Merino Reyes*.—
Talleres «La Nación», Santiago, 1938

No conocemos el primer libro de Luis Merino Reyes, «Isla de Música». Hemos oído decir que es superior a este «Lenguaje de Hombre». Sea como fuere, el volumen de Merino Reyes atrae desde su hermoso título y el lector no se arrepiente de la excursión a través de sus páginas. Existe hasta el placer epidémico de tocar sus finas hojas de papel couché.

A veces, ligeramente, recuerda otras voces. Pero esto no tiene substantiva importancia, porque sólo de manera aislada y en uno que otro verso se hace activa alguna influencia y con debilidad promisoria, lo que indica que la personalidad de Merino Reyes la absorberá pronto y definitivamente.

Diversidad y riqueza manifiesta el temperamento de Luis Merino. Uno de sus ángulos, acaso el más restringido, demuestra que es un poeta de interiores. Escucha crecer su legumbre, su lenta desembocadura hacia la superficie. Su sentimiento florece con delicadeza y cuaja con vigor no exento de emocionada penetración.

Pero es más frecuente que el propio contemplarse, que la actitud girando sobre sí mismo, el impulso hacia otros seres cercanos a su vida por relaciones directas, ya en la memoria, en la actualidad o en la muerte. Pesan en su espíritu actuando seres que viven fuera de él con autonomía, pero que dentro del recinto de su intimidad imponen también su resonancia viviente. Cristalizando nuestro juicio queremos decir que operan en su círculo intrínseco, exactamente consanguíneos materiales, confundidos con su inclinación afectiva. Proclive a sentir, con intensidad duradera, los sucesos que atañen a sus relaciones psicológicas, la reacción que provocan asume responsabilidad poética.

En el *Alto en la Muerte de Jorge Valdivieso*, canta:

«Caña muda de júbilo, por un hilo de tierra
te ha buscado el más dulce respirar de la infancia
y te ha ungido de cetros y de lunas redondas
y hay un aire extrañado deformando tu Pascua.

«Pero yo te he visto torpe, mudo y yacente,
valeroso en la honda estrechez, guerrero blanco;
con un canto de espuma agolpado y crecido
y los brazos absortos como riendas exhaustas.

«Yo que te he visto sin rubor, ángel caído,
con la terrible realidad de tu corbata y tus uñas,
inmóvil entre una lenta aurora y un extenuado día,
rodeado de actitudes vitales como látigo».

Especialmente es acertado Luis Merino Reyes en la evocación. Con escasas palabras es capaz de sugerirnos ambientes, de presentarnos situaciones fallecidas que al contacto de su voz redescubren sus extintas substancias:

«El trozo de madera donde imagine un caballo,
los días de Pascua con sus escoltas de insomnio
y todos los objetos con horizontes distintos.

.....
«Teníamos un ángel protector de los peligros
y otros ángeles en el temor de nuestra madre».

No lo es menos Luis Merino Reyes en algunos poemas de dulce liviandad y transparencia, finamente terminados. No queremos resistirnos a la transcripción de uno de ellos, *Primicia*:

«Llegó la rubia colegiala,
hablando con Dios tal como es;
en sus ojos de bestia niña,
amanecía la mujer.

Adiviné sus piernas desnudas
y su vientre como un vergel,
en que pacieran lunas de júbilo
y dulzuras de florecer.

La colegiala era un paisaje
con un horizonte de miel
y mi deseo caminaba
por el río de su morbidez.

El aire claro de su clima
fué suavizando mi altivez,
ella aprendió de mis palabras,
yo aprendí de su sencillez.

La colegiala era un destino,
mi destino que fuera al revés
con la mirada de la infancia
y la astucia de la vejez.

Yo pensaba en otras mujeres
y una mañana, sin querer,
se me entregó la colegiala,
sabor a leche, luna y miés.

Vanidoso miré sus piernas
y el impudor de su niñez
y le ceñí sus ropas tristes
en su alegría de mujer».

El espectáculo de la guerra civil española no ha dejado, como a muchos otros poetas, indiferente a Luis Merino Reyes. Su sensibilidad ha sido también herida por el suceso terriblemente dramático y un poema a *España* es la consecuencia. Con vigor expresa su dolorosa sacudida, con vigor diferenciado, pues Merino Reyes no standariza su voz al cantarle a España y logra participarle un acento personal.—A. T.



ROMANCES DE AGUA Y DE LUZ, por *Carlos René Correa*.—Edit.
Nascimento. Santiago

Frescura de agua y claridad de luz hay en estos romances de Carlos René Correa. Frescura de agua que fluye y corre